

MARX SIN *CIN*-ISMOS

Montserrat Galcerán Huguet

Univ. Complutense (Madrid)

F. FERNÁNDEZ BUEY,
Marx (sin ismos), Barcelona,
El Viejo Topo, 1998

Lo menos que puede decirse del libro de Francisco Fernández Buey es que es un libro sin malicia. Narra la vida de Carlos Marx a partir de los datos aportados por las biografías más importantes que se han sucedido desde la muerte del autor y tiene en cuenta los escritos fundamentales; sin ser exhaustiva, no descuida los temas más importantes, aunque no se preocupe demasiado por la ingente bibliografía que en más de cien años ha escudriñado minuciosamente cada punto de la obra y de la vida del biografiado. Trata pues de ofrecer un acercamiento a Marx tan sin prejuicios como pudiera serlo el de un joven de bachillerato.

Ya la Introducción nos pone sobre la pista de la distorsión que supone tal empeño. A finales del siglo XX y tras más de un siglo de marxismos de todo tipo, difícilmente se pueden olvidar las múltiples polémicas sobre lo que Marx ha dicho o ha dejado de decir y las diferentes versiones de su vida y de su obra. Polémicas que al menos en algunos casos el autor conoce sobradamente y en algunas de las cuales ha intervenido. Sin embargo, al menos aparentemente, esa historia no tiene relevancia alguna en el libro que hoy comentamos; su autor se coloca en la perspectiva de alguien que no supiera nada de todo ello y que descubriera casi por vez primera, a un autor tan desconocido como invocado ha sido su nombre. Hay pues una notable artificialidad en el

punto de mira, pero no por exceso de enciclopedismo sino por exceso, buscado, de simplicidad.

¿Es posible presentar a Marx como si no hubiera ocurrido nada de aquello a lo que su nombre ha dado una denominación?, ¿es creíble prescindir de toda la larga historia de los textos para los que supone un punto de referencia?, pero, además, ¿por qué prescindir de todo ese aparataje en busca de una supuesta simplicidad de neófito?, ¿consigue el libro, en último término, transmitir la impresión de paisaje no hollado? Preguntas, algunas sin respuesta, que derivan de la perspectiva ocupada por el autor y de su línea de lectura. Antes, pues, de un examen más pormenorizado conviene tener en mente cuales han sido las *biografías* de Marx anteriores a ésta y su contexto histórico.

I. Las biografías de K. Marx

Escribir una biografía de Marx supone siempre un intento por ofrecer una imagen nueva de uno de los personajes más significativos de los movimientos de transformación social. Recordemos las más importantes, a algunas de las cuales se refiere explícitamente F. Fernández Buey. Cronológicamente la primera fue escrita por F. Mehring (1918) en el marco de una labor de historiador que insistía en recuperar el carácter activo y político del «marxismo» de la primera Socialdemocracia alemana frente a la concepción ortodoxa y desmovilizadora de Kautsky. Utilizó, como él mismo señala, el esbozo de P. Lafargue, que Fernández Buey tam-

bién menciona, los apuntes de K. Liebknecht, y otros materiales y recuerdos, pero él fue quien sistematizó por vez primera la biografía de Marx.

La segunda, tanto en el tiempo como en importancia, es la de B. Nicolaievski, escrita en el clima del inicio de los años treinta. Este texto, así como las conferencias semibiográficas impartidas por B. Riazanov, el editor de la primera edición de la MEGA (*Marx-Engels-Gesamt Ausgabe*, Moscú, 1927-1935) participan de la construcción de la figura-Marx en un nuevo contexto, el que sigue a la revolución rusa de 1917. Aunque desde perspectivas no siempre coincidentes, se incardinan en un proyecto militante y enlazan la vertiente política de Marx con la vertiente académica, o sea, con sus estudios teóricos y sus análisis económicos. Estos dos trabajos cierran el ciclo de las biografías clásicas, en las que Marx es presentado simultáneamente como político, como intelectual y como teórico de la economía, sin escindir esquizofrénicamente su vida y su obra.

También la biografía de W. Blumenberg, publicada en el decenio de los sesenta es un texto polémico y político, si bien en una versión distinta. Su autor, un resistente contra el nazismo en Alemania y en Holanda, prefigura la relectura de Marx que se abrirá paso en aquel decenio. No es casualidad que en el marco de esta desmitificación, sea ésta la primera biografía que trata con detalle de la vida personal de Marx y menciona el caso de Frederik, su hijo no reconocido, cuestión que los socialdemócratas conocían, como atestigua la correspondencia entre ellos aunque lo mantuvieran en silencio. Blumenberg encontró esa documentación en los Archivos del IISG de Amsterdam e incluyó el tema en su relato en que muestra precisamente del modo como sus seguidores habrían sacralizado la vida de Marx. Quizá también de la presión políti-

ca de la moral burguesa pues, qué duda cabe, de que Bernstein estaba en lo cierto al temer que la divulgación de ese episodio permitiría a la derecha política usarlo malévolamente en contra de la Socialdemocracia. Ese miedo, con la exigencia de preservar antes que nada la moralidad de los militantes ha sido, precisamente, un rasgo típico de todos los marxismos, desde el socialdemócrata la comunista.

Otra biografía que intenta combar el palo para el otro lado es la de M. Rubel, también citado por Fernández Buey. En esta obra su autor pretende, quizá justamente, desmarcar a Marx del «marxismo» recuperando en su figura trayectorias más abiertas y plurales de lo que históricamente ha ocurrido. Rubel no discute punto por punto lo dicho en otras biografías pero hace su propio recuento de la vida del protagonista. Completados con la *Crónica de Marx* estos estudios ofrecen mes a mes los pormenores de la escritura de sus textos por C. Marx.

Frente a esas biografías clara o sedicentemente «políticas» se encuentran otro tipo de relatos de corte mucho más académico: la muy completa de McLellan, usada abundantemente por el autor de la obra aquí presentada, la inacabada de A. Cornu, y la excesivamente bien considerada de I. Berlin. Todas ellas presentan una imagen de Marx que hasta cierto punto resulta «despolitizada»: son objetivas al menos en cuanto que no pretenden ofrecer una figura de Marx que gire en torno a la intervención política, pormenorizadas, respetuosas con los descubrimientos teóricos del autor y en la mayoría de los casos bien informadas y completas.

¿Dónde situar en ese contexto la biografía de F. Fernández Buey? A mi entender nos ofrece un *ensayo biográfico* situado entre los trabajos del primer grupo aunque manifieste caracteres específicos del segundo. El mero hecho de elaborar

de nuevo un texto de este tipo que, sin embargo, no aporta novedades desconocidas hasta ahora, muestra, a mi modo de ver, que no se trata de una investigación novedosa sino de una presentación novedosa. El modo de esa presentación incluye la referencia a un público para el que Marx es un ilustre desconocido y, por tanto, inserta de nuevo esa figura en el contexto de (posibles) movimientos sociales de nuevo cuño. Es por eso que se trata de un libro político, aunque no resulte hagiográfico ni mistificador, sino comedido y hasta cierto punto incluso candoroso.

II. La recepción en España de los estudios biográficos sobre K. Marx

Teniendo en cuenta lo dicho, salta a la vista que la recepción de esos textos en nuestro país ha sido relativamente caprichosa. Como P. Ribas ha mostrado contundentemente en su documentado trabajo sobre *La recepción del marxismo en España*, la entrada del marxismo obedece a los ritmos de nuestra propia historia más que a los de su formulación en los países y las culturas de referencia. Dejando aparte la primera recepción en los años de principios de siglo y obviando un tanto la segunda, durante la guerra civil, podemos decir que la tercera se inicia con el final del franquismo en los años setenta. De esa fecha datan las nuevas traducciones, la edición de los textos de Marx y Engels iniciada por Grijalbo (OME), la traducción del texto de Enzensberger y del de Rubel, todos ellos usados abundantemente por F. Fernández Buey.

Sin duda él mismo forma parte de la nueva hornada de «marxistas» españoles de la década de los sesenta. Estudiante de filosofía inquieto y politizado en la Universidad de Barcelona de final de los sesenta, conoció sin duda el pensamiento de Marx en su inserción en una práctica polí-

tica de resistencia y de transformación social, por lo que me atrevo a suponer que su interés por la biografía de Marx, forma parte de un proyecto político al que ha dedicado gran parte de su vida.

Nos honra que aunque en ocasiones bajo el manto de una cierta ingenuidad o inocencia que es difícil suponer en alguien con tan dilatada vida política, sea capaz de recolocar en el panorama editorial de nuestro país, excesivamente dependiente de las modas para ser plenamente creativo, una obra de pretensiones modestas como la que nos ocupa. Pues en vez de distanciarse y silenciar su pasado como tantos otros, F. Fernández Buey tiene la valentía de reproponer una figura emblemática, intentando hacerla atractiva para las nuevas generaciones. Con eso colma una vacío y restablece un cuando menos hipotético diálogo entre generaciones.

En ese propósito cuenta, a mi parecer, con un importante predecesor, no por poco nombrado, menos relevante. Se trata de Manuel Sacristán y de su primera mujer, Giulia Adinolfi, a los que está dedicado el libro. Sospecho que esa dedicatoria tributa un homenaje, un tanto silencioso, a un breve texto de Sacristán titulado *Karl Marx*, cuya estructura preanuncia en muchos aspectos el libro que ahora comentamos. También ahí la vida personal de Marx está contada al hilo de las reflexiones teóricas, sin separar vida y obra como es habitual en tantos estudios. También ahí se trata el escurridizo tema del «antisemitismo» o quizá para ser más exactos de las diatribas de Marx contra el judaísmo; también se insiste en la figura de Jenny y se habla de un «nuevo materialismo» que Sacristán trata como práctica histórica y social innovadora; e incluso se encuentran ya en ese breve texto los famosos versos de la canción de *Los Tejedores* o el retrato de los obreros franceses. Entiéndase bien, no quiero decir con eso

que Fernández Buey haya *copiado* el texto de Sacristán, sino que se inspira en aquel breve texto para desarrollarlo y darle forma en un libro mucho más extenso que, sin embargo, sigue siendo fiel a las coordenadas trazadas por el maestro. En tan directo conocedor de la obra de Manuel Sacristán y amigo continuado durante tantos años, la cita textual es sustituida por una familiaridad tal que casi le exime de nombrarlo.

III. Problemas teóricos y vicisitudes personales

Como ya he apuntado el libro se presenta como un ensayo y no como una biografía ni como un estudio monográfico, pero logra un equilibrio no siempre fácil entre las *cuestiones teóricas* y las *vicisitudes personales* manteniendo constantemente enlazadas la obra y la vida. Está estructurado al estilo de una biografía convencional, o sea, mostrando el decurso personal de la vida del autor desde sus primeros años en su Tréveris natal, pasando por los años de Universidad en Bonn y Berlín, la dedicación al periodismo, el exilio de los años cuarenta en París y Bruselas, la participación en la revolución de 1848, los largos años después de la derrota en el Londres victoriano y el último periodo hasta su muerte en 1883. Una dilatada vida repleta de estudio y de participación política.

En cada uno de los capítulos F. Fernández Buey simultánea algunos breves datos sobre la vida y las ocupaciones con un somero análisis de algunas de las obras principales, que le permiten esbozar la formación teórica del pensamiento de Marx y le dan ocasión para salir al paso de cuestiones suscitadas con posterioridad. No rehuye el debate sobre alguno de los temas polémicos, como el caso del «antisemitismo» del que quizá se pueda acusar a Marx a propósito de algunas afirmaciones de su

famoso *Sobre la cuestión judía* (pp. 82-87). Pero en otros casos, como es el debate con la filosofía hegeliana de la historia y con su teoría del estado o en la difícil cuestión de su relación con la economía política clásica, así como en los textos últimos de Marx y sus polémicas con la Socialdemocracia alemana de la época, la cuestión queda tratada de un modo demasiado sucinto o somero, incluso para una presentación global que debe obviar necesariamente ciertos tratamientos en detalle.

Más bien parece como si el autor soslayara los enfrentamientos y las rupturas, tan drásticas en la propia formación del pensamiento de Marx, dando una imagen excesivamente etérea de un autor tan duro en sus relaciones con sus contemporáneos. Esas «batallas» que son constantes en el hacer teórico de Marx, y que empiezan ya con los hegelianos de izquierda —no olvidemos las duras inectivas contra B. Bauer en *La sagrada familia*, contra M. Stirner en *La ideología alemana*, contra Bakunin en *Las pretendidas escisiones de la AIT* (1872)—, no aparecen en el texto que ahora comentamos, sin duda no por desconocimiento sino quizá por un esfuerzo de presentar una figura de Marx mucho más contenida y contemporizadora de lo que en realidad fue. Basta leer con atención la larga serie de la correspondencia con Engels (unas 500 cartas en más de 20 años) para darse cuenta de lo muy duras y poco compasivas que eran las expresiones del genio de Marx y de la radicalidad con la que, en tantas ocasiones, rompió las relaciones personales, así como de las dificultades para encontrar la expresión adecuada a unos planteamientos inusuales. A propósito de una carta de Jenny a Marx en sus años mozos en que le reconviene su estilo retorcido y un tanto rígido, Fernández Buey menciona su «constante dificultad para la expresión franca y equilibrada de los sentimientos», su falta de «educa-

ción sentimental» (p. 38), pero en mi opinión esa característica suya más que falta de trato es índice de cierta intransigencia reforzada por su indudable superioridad intelectual. Y nos informa además de la dura soledad en que desarrolló su trabajo y de la dificultad inherente al mismo. Su capacidad para pensar contra la corriente y contra los tópicos habituales de la medida de su gran inteligencia.

Ahora bien, ¿por qué el autor ha preferido esa imagen del biografiado frente a una imagen mucho más dura y combativa? No tengo una respuesta definitiva: quizá por no demorarse en una polémica que en muchos casos resulta inoperante a estas alturas aunque haya sido definitiva en su momento, la polémica con Bakunin, por ejemplo; quizá por considerar que introduce elementos teóricos cuyo peso es muy discutible una vez que la polémica ha sido zanjada, como en el caso de Stirner; quizá porque le hubiera exigido presentar un debate que excede a los límites del libro que se proponía escribir, como en el caso del distanciamiento con las posiciones hegelianas; quizá en fin, porque resultaba más cómodo para su propósito trazar una línea imaginaria de la vida de Marx más continua y equilibrada de lo que fue en realidad y porque no entra en sus esquemas ese pensar creativo a contracorriente. El resultado es que leyendo ese libro uno se encuentra con un decurso vital teórico y político que es mucho más coherente y armonioso de lo que realmente fue la vida de su autor, y en el que las confrontaciones con sus contemporáneos casi han desaparecido en aras de una presentación que le hace mucho más cercano al encuentro y al diálogo que a la polémica y la ruptura. El esfuerzo explícito por distanciar su lectura de la althusseriana rechazando tajantemente la famosa «ruptura epistemológica» sujeta por aquél, y la referencia a Gramsci y Korsch como los dos únicos marxistas

relevantes que han visto claro en el tratamiento marxiano de la ideología demarcan el espacio en que se ubica el libro. Lo que por otra parte no supone una novedad pues se corresponde con los planteamientos defendidos en el libro anterior dedicado a Galvano della Volpe y titulado *Contribución a la crítica del marxismo cientificista* (Barcelona, 1984).

Hay un tema en el que este tratamiento resulta especialmente inadecuado y es en lo que respecta al *materialismo*. Fernández Buey usa el término en un sentido ambiguo pues en ocasiones parece que por materialismo entienda algo semejante a «realismo» (materialismo como realismo) inclusive como «empirismo» y/o «empirismo económico», opuesto a la especulación; en otras, sin embargo, señala explícitamente que la formulación de lo que Marx llamó «materialismo» suele «caracterizarse como humanismo práctico y revolucionario» expuesto en terminología hegeliana. La crítica de los discípulos de Hegel y la defensa del maestro parecen abogar por mantener el «materialismo de Marx» en el cauce abierto por la filosofía de Hegel, lo cual no resulta muy convincente en ausencia de una exacta delimitación entre ambos pensadores, máxime cuando la crítica de la especulación y del idealismo hegelianos forma parte de todo el proceso de configuración por Marx de sus propias concepciones.

Creo que esa ambigüedad está relacionada con un concepto demasiado vago del «comunismo» de Marx. Ciertamente los clásicos del marxismo han hablado siempre de una «sociedad comunista» como una «sociedad armónica» en la que habría desaparecido la «explotación del hombre por el hombre», pero eso no implica que Marx, al menos en mi opinión, presentara nunca dicha sociedad según un modelo «idílico y un tanto empalagoso» en el que las relaciones humanas se rigieran por el

buen hacer y la buena vecindad. Nada más lejos de su propio modo de comportarse y de su realismo social. Una cosa es que la eliminación de la necesaria competitividad y explotación inherentes al sistema capitalista abra a los individuos socializados la posibilidad de no devorarse unos a otros, permitiéndoles encontrar formas de asociación voluntaria y de gestión colectiva de las organizaciones sociales y otra que esa «posibilidad» que exige, como cualquier otra, procesos complejos de regulación, acuerdo y control social, se materialice sin más en una sociedad abierta, dialogante y armónica. Justamente porque no descuida ese aspecto, el comunismo de Marx no es en absoluto «ideológico» ni «utópico», sino «materialista», es decir, histórica y económicamente posible para trabajadores con largos decenios de socialización a sus espaldas y con una historia, compleja y difícil, de los logros y los fracasos habidos en el proceso de su emancipación en la que se incluyen, como no podría ser menos, los propios excesos. Fernández Buey sustituye habitualmente la referencia a los trabajadores por «los de abajo» con lo que, en mi opinión, desplaza la problemática del trabajo (y del trabajador) en el capitalismo y el debate sobre la revolución y el comunismo, hacia una nueva versión de la «cuestión social» para la que lo prioritario es no perder de vista el sufrimiento de los dominados. Que éste es un punto central en toda reflexión sobre la práctica revolucionaria, nadie lo pone en duda, pero a su vez la denuncia del sufrimiento, como pone de relieve el ingente trabajo teórico de Marx, no es suficiente para una práctica revolucionaria que exige el análisis y el conocimiento de las relaciones a cambiar y de sus virtualidades. Por eso, a mi entender, el «comunismo» de F. Fernández Buey resulta demasiado genérico y «bien pensante» para la acerada crítica y la mala uva de Marx.

Eso no obsta para disfrutar de algunas páginas, realmente hermosas, como las que se encuentran en el capítulo titulado «Un fantasma recorre Europa...», dedicado al *Manifiesto Comunista*. Huyendo de la fácil controversia sobre la «actualidad» del texto, el autor nos habla del «estupor» que causa aún hoy su lectura, incluido el embarazo del profesor que tiene que explicarlo y contextualizarlo ante unos alumnos atónitos e incrédulos. En este punto coloca ante los ojos «lo serio» de la política, que afecta a la existencia de miles de individuos. Una guerra, una revolución, una paz mal establecida, una insurrección, son asuntos serios que afectan a las condiciones de vida de poblaciones enteras, razón por la cual nos intimida todavía hoy la claridad inmisericorde con que los dos autores del *Manifiesto* disecionaron los sistemas sociales y mostraron sus connotaciones históricas.

Lamentablemente, ni el capítulo que le sigue, titulado *Economía y crítica de la cultura burguesa*, ni el capítulo final, *Matices, precisiones, sugerencias: una obra abierta*, mantienen el mismo nivel. El análisis de la «Economía» de Marx adolece de un enfoque monetarista que no ayuda a la cabal intelección de la *teoría del plusvalor*; la interrelación entre capital, producción y mercado o estructura de clases y mercado resulta excesivamente esquemática y no clarifica cómo a través de la acumulación se lleva a cabo la reproducción del sistema en su conjunto. Menos aún cuando, después de haber insistido en la perspectiva antropológica se nos dice que los escritos económicos «sólo se ocupan de personas en la medida en que éstas son personificaciones de categorías económicas, portadores de determinadas relaciones e intereses de clase» (p. 192). Siendo cierta, como lo es, dicha afirmación, precisaría de una presentación más depurada que hiciera ver el modo como «las personas» ac-

túan en tanto que «personificación de categorías económicas», so pena de que los dos niveles del análisis se entrecrucen y oscurezcan lo que de nuevo hay justamente en el análisis económico de Marx.

En este punto el recurso a la «alienación» y la «dialéctica» resulta poco explicativo de la dinámica económica real, pero no por ello resulta justificada la presentación paupérrima que Fernández Buey dedica a las discusiones sobre este tema: «Escribió Marx (negro sobre blanco) que aquel “método” suyo (tomado de Hegel e invertido) era un “escándalo y un horror” para la burguesía. Pues bien, el capitán de la compañía se tomó esto literalmente en serio e interpretó que un método así, capaz de horrorizar a la burguesía, tenía que ser algo gordo, muy gordo: un arma teórica mucho mejor que las que usaba el enemigo en las universidades, una sartén bien amarrada por el mango. Como se estaba hablando de asuntos lógico-teóricos, el sargento de la compañía interpretó que aquel instrumento aterra-burgueses tenía que ser por lo menos una lógica distinta de las habituales (en particular de la lógica formal) y lo llamó Lógica dialéctica con capitales áureas. Constructo magnífico que en manos del cabo de la compañía, produjo ya la transmutación esencial que sólo logran las verdaderas creencias mitológicas: una Lógica alternativa que es a la vez un arma arrojadiza contra la burguesía y de tan fácil uso que basta con repetir las palabras rituales de tesis/antítesis/síntesis para que se abra de golpe la cueva de los ladrones. En el futuro la soldadesca ya sólo tenía que decir: “Abracadabra-pata-de-cabra”» (p. 189).

IV. Minucias eruditas

El libro no es un texto académico, razón por la cual quizá no tenga por qué exigírsele que se adecue a los moldes habituales en ese tipo de estudios. Sin embargo, se

echa en falta mayor concreción en las referencias de los textos, especialmente cuando éstos son relativamente largos e importantes. La ausencia es especialmente sensible si se trata de frases lapidarias, o citas poco conocidas. En este sentido puede decirse que el texto resulta en ocasiones algo descuidado. Al final el autor señala en conjunto las obras utilizadas, que son básicamente las biografías anteriormente mencionadas y la versión castellana de las obras de Marx y Engels, publicada por Grijalbo (OME) amén de otras ediciones sueltas cuando no se encontraban en la versión anterior. En este aspecto la bibliografía quizá sea suficiente, pero en mi opinión debiera haber prestado mayor atención a la amplísima correspondencia de Marx, tanto con Engels como con otros contemporáneos: Lassalle, Lafargue, sus propias hijas, sus múltiples conocidos, etc. Dichas cartas ofrecen una fuente insustituible para el propio personaje «Marx» más acá de los datos de las biografías y del análisis de los textos escritos.

También se observa alguna falta de ortografía en los términos alemanes. Este punto no sería digno de mención a no ser porque en un caso afecta al título del periódico (*Worwärts* por *Vorwärts*) razón por la cual, de no subsanarse, hace inencontrable la referencia.

En resumen, el libro supone un primer intento por ofrecer al público hispanohablante una biografía sencilla cuyas pretensiones se sitúan más acá de lo que la ya larga tradición marxista ha acumulado sobre el personaje-Marx. Desde este punto de vista consigue su objetivo aunque deje por el camino matices, disquisiciones y controversias de las que no se puede prescindir tan fácilmente, pues forman parte, también ellas, del personaje Marx al que se trata de recuperar.